

paz viene de Jesús; de él pasa al celebrante, del celebrante a los ministros y de los ministros al pueblo. En la Iglesia primitiva el signo de la paz era el beso; hoy se transmite por medio del abrazo. El que le da dice estas palabras: «La paz sea contigo». El que lo recibe responde: «Y con tu espíritu». Por el abrazo se transmite al pueblo, y también por medio de una imagen de Cristo o de la Virgen, que se llama el portapaz. Inmediatamente antes se reza esta bella oración que comenta la emocionante ceremonia: «Señor mío Jesucristo, que dijiste a vuestros Apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy; no miréis mis pecados, sino la fe de vuestra Iglesia, y dignate, según vuestra voluntad, darle la paz y la unidad, tú que vives y reinas por todos los siglos de los siglos».

Ante todo, la paz para toda la Iglesia. Y es que la oración litúrgica atiende, sobre todo, a la colectividad, a la sociedad, al cuerpo místico. También pide el sacerdote que el Señor no mire su indignidad personal, sino la fe de la Iglesia; que no le mire a él aisladamente, sino en la unidad de los fieles como miembro de ese cuerpo místico, del cual Cristo es la cabeza. «¡Ah —exclama un autor piadoso—, ensanchemos nuestros corazones, dilatemos los horizontes de nuestra piedad, vivamos la oración en común, la oración litúrgica! ¡Vivamos la comunión de los santos!... Padre *nuestro* que estás en los cielos... Venga a *nos* el tu reino.»

Y recordemos con este rito de la Iglesia primitiva las palabras del Señor: «Si al llegarte al altar para llevar tu ofrenda te acordares que ofendiste a tu hermano, ve a pedirle que te perdone y vuelve luego a presentar tu oblación». Y vigila también sobre tus pensamientos, sobre tus sospechas, sobre tus celos. No pienses mal de nadie. Con frecuencia estos pensamientos son una ofensa para el prójimo, porque son injustos. ¡Cuántas veces engañan las apariencias! Sólo Dios ve los corazones. ¿Quién sabe si ese hermano, a quien tú condenas en tu interior, es en realidad mejor que tú? Y si no lo es, si ver-

daderamente hay algún fundamento para tus juicios malévolos, pregúntale lo que sería ese alma si tuviese las mismas gracias que tú; lo que será tal vez algún día a la plena luz de la paz infinita de Dios. Muchas veces un exterior rígido y desfavorable encubre un corazón grande, una exquisita sensibilidad. El aspecto es frío y severo, tal vez por efecto de la educación recibida, del género de vida, del medio ambiente en que se formó un alma; pero si observamos la realidad, veremos tal vez en una mirada fugaz de ternura, o en la acción reveladora de mover la comisura de los labios, las señales inequívocas de una profunda vibración interior. Los hombres, decía Pío XI, son casi siempre mejores que sus actos y sus palabras, y por eso tenía razón Minefeseur cuando escribía estas palabras: «No despreciemos nada: ni a los hombres, porque el peor lleva en sí la chispa divina que puede manifestarse en un momento dado; ni sus ideas, porque en el fondo de cada una de ellas existe siempre una parte de verdad, que es preciso descubrir; ni las acciones, porque frecuentemente ignoramos sus motivos y siempre sus consecuencias providenciales y remotas».

Estemos siempre dispuestos a saludar a nuestros hermanos con el saludo de la liturgia sagrada: *Pax tecum*. ¡Qué hermoso es este rito de las misas solemnes! ¿Lo habéis presenciado alguna vez sin llegar a conmoveros? ¡Qué paz reinaría en el mundo si se diera de verdad en los hogares y en las plazas, en las embajadas y en los palacios, en las reuniones de los príncipes y en las conferencias de la paz! Allá ellos, los que quieren construir la paz del mundo sin saber de la paz de Cristo. No es ese el estilo del verdadero cristiano, el que no busca su amor propio, ni se paga de simulacros; el que sabe que una palabra afable, una sonrisa, una atención, con la cual se demuestra el interés que nos merece un hermano, hace un bien inmenso al alma, detiene un torrente de pensamientos y sentimientos tumultuosos, amaina una tempes-